

Las conciencias republicanas deben reaccionar ante la campaña monarquizante emprendida con el estandarte del Estatuto.

Enrolarse a este movimiento es hacer el juego a los elementos de la reacción.



RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

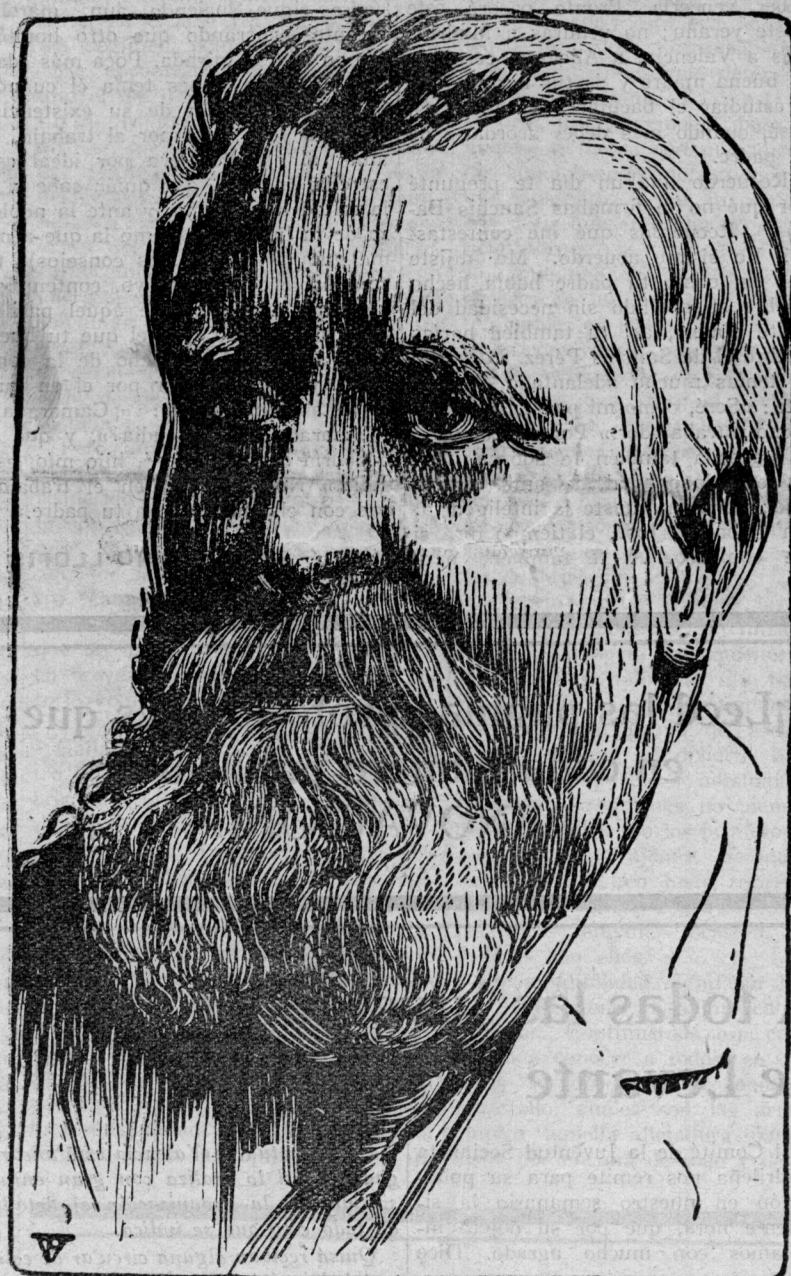
Las Juventudes Socialistas, por la paz

Nuestra consigna

Mañana se cumplen los dieciocho años de la muerte de Jaurès. Ocurrió ésta el 31 de julio de 1914. Al día siguiente, 1 de agosto, como respondiendo a un triste presagio, comenzaba la movilización general de las tropas. El día 3 el embajador alemán entregaba al Gobierno francés la declaración oficial de guerra. El Socialismo acababa de perder una batalla seria, aunque circunstancial. Incipiente aún en las luchas políticas, sin consistencia doctrinal todavía en algunos países, nuestro movimiento se dejó absorber por las corrientes nacionalistas, provocadas y dirigidas constantemente por la burguesía. Había una falta de experiencia; era la guerra el primer problema serio que se le planteaba al Socialismo, y los hombres de éste no supieron afrontarle. Lo reconocemos públicamente. Pero militantes del tipo colosal de Jaurès supieron mantenerse limpiamente en tan difícil ocasión. Ahora bien: para que las cosas queden en su punto faltan por consignar algunas aclaraciones. La Gran Guerra no significa el fracaso del Socialismo como sistema o doctrina. Porque ella es precisamente un defecto capital del régimen burgués, que vigoriza las esencias del marxismo. Tras la guerra se fortaleció la doctrina y adquirió ascendiente en una humanidad que salía derecha de las trincheras y se hallaba ansiosa de edificar un régimen social que sustituyera al que necesitaba, para existir, las matanzas colectivas. En rigor, la guerra fué una derrota transitoria del proletariado. Y la élite de ese proletariado se hallaba entonces en los Partidos Socialistas, que eran la única voz de las masas obreras, con excepción del anarquismo, decadente ya. Fracasó en la guerra esa organización por incipiente, por impreparada, frente a una burguesía que, como la francesa, conservaba aún el prestigio de la Revolución. Ahora se nos quiere cargar en la cuenta a los Partidos de la Segunda Internacional aquel tropiezo. Precisamente por los elementos comunistas, que hacen ese omiso de la Historia en esta ocasión, como en casi todas. Pierden de vista que los partidos comunistas comenzaron su vida en el año 1921. Y que la guerra comenzaba el 14 y terminaba el 18. Entonces todos los que el año 21 pasaron al comunismo eran socialistas e incurrieron en iguales fracasos que los que después de la guerra siguieron siendo socialistas. Y por aquellas fechas algunos que hoy son líderes del comunismo francés, por ejemplo, los Cachin y los Doriot, marcharon voluntariamente a las trincheras con un ardor bélico, un entusiasmo patriótico que para sí quisiera el reaccionarismo más «entregado». Son datos históricos que la dialéctica comunista no debía olvidar para no incurrir en contradicciones de tanta envergadura.

Ahora el proletariado tiene enfrente peligros de guerra. En los secretos de la diplomacia burguesa se va tramando, hilo a hilo, la tragedia. Inútilmente se celebran Conferencias internacionales, conversaciones de cancillería. Resolviendo a un signo fatal, las potencias se dedican a la construcción de armas en gran escala. Los cerebros mejor organizados se entregan en la paz de sus laboratorios a la confección de los instrumentos que mayor fuerza destructiva posean. Se inventan gases capaces para ahogar a una ciudad en pocos minutos y exterminar limpiamente a sus habitantes. De modo que la guerra futura será la lucha de la química de unos países contra la de otros. No se trata ya de poseer una buena infantería, sino una química muy desarrollada para vencer. ¡Una Europa que aún no se ha librado de las cargas de la guerra, sin reconstruir todavía, y que ya sueña con volver a la vida de trincheras para acabar de pulverizarse! Porque otra guerra sería tanto como la destrucción total de Europa, contando, como hoy, con unos progresos de la técnica bélica verdaderamente fantásticos. El capitalismo ha perdido ya el freno de sus propios impulsos. Se debate entre deudas y complicaciones surgidas de la guerra que le ahogan y, angustiado, busca una salida a tan mala situación. Los capitalistas franceses piensan que sometiendo a Alemania encontrarán una amplia. Los alemanes sueñan con alcanzar una capacidad bélica que les permita librarse del agobio de las reparaciones. Los otros países capitalistas moscardean alrededor, ávidos de presa. No han formulado aún declaraciones de guerra porque temen la reacción de las masas obreras, que no han olvidado la pasada. Por miedo a la revolución social. Si no a estas horas la tierra de Europa estaría abierta por las trincheras y habrían dado de lado las negociaciones diplomáticas, que no son más que el tributo, falso, que el capitalismo paga a los anhelos pacifistas de la población europea. Les detiene el miedo a la revolución. Pero llegará un día en que ese miedo no será bastante a contener al capitalismo, que sigue fomentando los nacionalismos. Y ese día ¿qué actitud tomará Europa?

Bien vale la pena de que, con ocasión del aniversario del asesinato de Jaurès, nos hagamos esa pregunta. Interesa extraordinariamente la actitud que tome Europa. Pero interesa a nosotros mayormente cuál ha de ser la propia actitud. El proletariado responderá a la guerra con la revolución social. Es nuestra consigna.



JUAN JAURÉS

El café Croissant estaba cercano a la redacción de L'Humanité. Acostumbraban a cenar frugalmente en él sus redactores, en un intervalo de la faena periodística. Bien se sabe lo agitado del periódico. Era, además, el día 31 de julio de 1914, aurora de la espantosa conflagración mundial. Al constante ajeteo periodístico, se unía lo extraordinario de los acontecimientos. Un conflicto francoalemán que aseguraba, como lógica consecuencia, la guerra. Reunión de la Segunda Internacional Socialista. Resultados que de ella podrían deducirse. Por todo esto, el periodista no reposaba. Era el 31 de julio de 1914, a las nueve de la noche, cuando un miembro de L'Humanité devoraba con rapidez su frugal cena en el café Croissant, aprovechando minutos de tiempo, azas escasas. Estaba sentado junto a un ventanal amplio. Como era un día caluroso de julio, los cristales del ventanal estaban alzados, con el fin de ventilar un poco la atmósfera enrarecida en esos momentos por el exceso de personal. El redactor era hombre robusto, de aventajada estatura, de barba espesa. Volvía las espaldas a la calle, inclinado sobre el mármol de la mesa, unas espaldas grandes y fuertes, que destacaban en el abierto ventanal. Hablaba apaciblemente con varios amigos sentados a su mesa, entre los que se hallaba una mujer, pariente suya, llamada Poissons. Un momento se levantó para darle la mano. Concluyó de cenar. Fué todo instantáneo. Un estampido, a quemarropa, en el abierto ventanal, y el periodista, fulminado como por una descarga, que caía, primero de bruces sobre el mármol, y más tarde al suelo. Por el cráneo, destrozado, a bocajarro, asomaba lo gris de la masa encefálica.

De Alemania

A punto de celebrarse las elecciones para el Reichstag alemán, todo el mundo vuelve sus miradas hacia este centro del viejo continente. En él se van a resolver problemas de tal envergadura que influirán en la marcha de los acontecimientos políticos de muchas naciones. Se plantea crudamente este problema: o el avance revolucionario o una reacción peligrosa. La especial situación de Alemania tras la guerra le hace ser un punto delicado de Europa. No es necesario decir, por tanto, cómo en él fijan su mirada las demás potencias. Y cómo el Socialismo y la burguesía de todos los países prestan apoyo a sus respectivos representantes. Véase una prueba de ello en los socorros materiales que la Socialdemocracia está recibiendo de los Partidos Socialistas; el de España, por ejemplo. Es el convencimiento de que lo que suceda en Alemania, al disiparse la dolorosa incógnita de hoy, será pauta a seguir por multitud de naciones, en las que se refleja directa e indirectamente.

Dos caminos tiene la Socialdemocracia ante sí, en los que hoy por hoy no puede decidirse. Su triunfo significaría continuar un paso democrático hacia la revolución social, legal y parlamentario, con la base del Reichstag y los Reichrat de los Estados confederados. El triunfo de Hitler, que sería el triunfo de la reacción, significaría para la Socialdemocracia comenzar la era heroica, de violencia, de guerra civil, para poder continuar el desarrollo de la revolución. Es una hora marcada trágicamente en el tiempo. Añádase a esto, además, los impulsos ferozmente nacionalistas de los hitlerianos, su imperialismo, los sueños de parte de la reacción alemana, o de casi toda ella, de instaurar nuevamente la dinastía de los Hohenzollern. El resultado de todo esto sería apresurar los negros nubarrones para una conflagración mundial, en la que Alemania, como en la pasada Gran Guerra, que en estos días hace aniversario, quería jugar papel primordial.

El momento es difícil. Enconados los intereses del capitalismo y exasperada la democracia por las continuas persecuciones de que está siendo objeto. No se puede augurar el resultado de las próximas elecciones, ni sus consecuencias momentáneas. Todas las naciones contemplan con angustia la hora trágica del Reich alemán.

El asesinato de Jaurès fué un triunfo para el nacionalismo. Nadie como él y Rosa Luxemburgo habían defendido en la Segunda Internacional la necesidad de impedir una guerra. No pretendemos asegurar que si Jaurès hubiese vivido no se llegara a verificar la conflagración mundial, ya que era labor preparada de antemano por el capitalismo; pero sí que se hubiesen podido esperar cambios profundos en el control de la masa obrera. Desgraciadamente murió, y también fué asesinada Rosa Luxemburgo. Jaurès tenía algo de dominador en su porte. Convencía a sus oyentes con ejemplos sencillos y concisos, y una modulación grata y una palabra siempre adecuada. Dias antes de su asesinato, tras hablar en la asamblea internacional, batallones de trabajadores se manifestaron por la paz, bajo las ventanas del local de la reunión, entonando hermosos himnos revolucionarios. Dias después del asesinato esos mismos batallones marcharon en son de guerra, por aquel lugar, entonando otro cántico, que era un paso marcial y un sonido duro del metal de las armas. ¿Quién sabe el influjo que sobre esto hubiera tenido Jaurès y los camaradas más tarde asesinados! Lo que sí se puede asegurar es que, pese a todo, aun la guerra declarada, hubiera sido siempre su más formidable flagelador, su acusador más enérgico.

Conmemoremos el aniversario de la muerte de nuestro camarada. En estos momentos en que el capitalismo parece preocuparse, para defender sus fueros últimos, en preparar otra guerra mundial, la estampa de Juan Jaurès es el aliento para apostarse a la lucha. ¡No más guerras! En pie de alarma todos los trabajadores. A pesar de todos los horrores de la guerra pasada, pese a todo el cúmulo de argumentos antibélicos, la guerra se declarará, mientras a la guerra no se opongan los trabajadores, porque la carne de la guerra son los trabajadores mismos. ¿No es lógico negarse a ella? Y tened presente lo siguiente: De una guerra preparada por el capitalismo puede surgir la revolución social. En el momento adecuado, cuando los agiotistas del capital, ávidos de presa, dijeran: «¡Ya!», los obreros del mundo entero harían buena la frase de Marx: «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

El asesino de Juan Jaurès se llamaba Raül Villain, y era un nacionalista furibundo. Se ratificó de lo hecho, diciendo que había prestado un gran servicio a la patria. El Tribunal, vistas sus declaraciones, sin ningún valor ni vergüenza, le absolvió a los pocos días del crimen cometido.

CON ocasión del debate parlamentario en que quedó maltrecha la personalidad de Lerroux por el contundente discurso de Prieto, dos periódicos radicales, «El Pueblo» y «El Progreso», de Valencia y Barcelona, respectivamente, han roto el fuego contra el republicano. Pero recurren a la calumnia y a la difamación contra hombres de una limpieza moral ejemplar, porque llevan la táctica del «Calumnia, que algo queda». No son los radicales quienes puedan traer aires de renovación a la política española. Poseen todos los vicios y están contaminados de todas las lacras de la vieja política. Fomentadores del caciquismo, impulsores de la reconstrucción del poder clerical, protectores de los naufragos del monarquismo, los radicales representan a la hora actual una tendencia contrarrevolucionaria en el seno de la República. Que sigan merodeando a las puertas del Poder, buscando la hora propicia para gozar de sus resortes. De merodeadores, nada más que de merodeadores, es su papel.



FANTOCHES DE GUIÑOL

Carta abierta

La realidad es, querido amigo, que esta sociedad burguesa padece de melancolía incurable. Como una vieja prostituta que se limpiase los dientes obscuros y pútridos del neosalvarsán y se estucase las uñas. No es difícil hacer esta observación, y menos aún decirlo. He aquí un nuevo local de distracción surgido en uno de los lugares más céntricos de la capital. «Acuarium», café elegante, «grill rom» de moda, «brasserie». En la calle de Alcalá, con salida a Caballero de Gracia. He llegado a él, solamente como mirón y paseante, y de este modo crucé de una parte a otra. He visto en esta diminuta cruzada mesas pulidas brillantemente a las que parece se ha hecho la asepsia; cómodos butacones, en cantidad inverosímil, que parece mentira haya tantos hombres que puedan permanecer sobre ellos y no tengan que hacer nada. Sueños brillantes y resbaladizos, luces de verdadera maravilla y color, puertas giratorias, de maderas hermosas, y personajes de elevada estatura y tipo marcial vestidos de blanco y negro, con modales extravagantes, inclinándose reverentemente ante los hombres descansados de los butacones, para servirles líquidos de diferentes licores, aptos para ser tragados. Por un momento, yo, «Diógenes», hombre humilde y en cuya escala genealógica no se encuentran más que trabajadores, y a lo sumo hombres que han trabajado aún un poquito más que los corrientes trabajadores, he sentido el desvarío de lo elegante y la emoción de lo desconocido. Tuvo completamente burgués capaz de narcotizar al mismo San Onofre, que tan erguido recibía las tentaciones. ¡He aquí—he pensado un momento—la sociedad brillante, alegre, divertida, sin preocupaciones! ¡Qué bello es el mundo! He aquí señores con apacible rostro, y grata sonrisa, y mandíbulas fuertes. He aquí otros de pelo encanecido que transpiran beatitud por todo su cuerpo. ¡El mundo es alegre! Me doy cuenta perfecta de la vida y del apego que a esta vida se debe tener. La felicidad es algo sagrado. ¡Benditos sean los instantes de felicidad!

Al terminar mi cruzada estaba verdaderamente transportado de gozo. Mas todo él ha caído por un insignificante detalle. En la misma puerta del café elegante, «grill rom» de moda, «brasserie», un viejo y dos niñas extienden la mano. ¿Para qué? ¡Ah! Lo único, lo cierto, es que una de las pitusas, con bata deshilachada de color obscuro, y cabello rubio, estropajoso de polvo, atado con una cinta, se limpiaba los mocos con el dorso de la mano, mientras babuceaba yo no sé qué letanía. La otra, con su frente diminuta pegada al cristal, contemplaba la maravillosa decoración por donde yo, «Diógenes», me había exaltado. Confieso que soy algo sentimental; confieso también mi propensión a padecer de los nervios, lo que presta a mi natural un tinte sombrío. ¡Mas si hubieras visto, querido amigo, la cara de aquella niña que contemplaba, con la frente pegada al cristal, este brillante foco de elegancia! Apenas tendría doce años y en sus ojos reposaba toda la angustia, toda la envidia, toda el hambre, toda la pena, de gran parte de la Humanidad.

Después he leído que en Granada un obrero sin trabajo ha comenzado a palos con los señoritos de un casino elegante, que reposaban en cómodos sillones sus importantes humanidades, mientras decla: «Vosotros os divertís mientras yo me muero de hambre!» ¿Hay relación entre estas dos cosas? ¿Quién sabe! Lo cierto es que yo procuraré no pasear más por el iluminado salón del café, si llevo en las manos un objeto contundente.

Decididamente, querido amigo, esta sociedad burguesa es una vieja prostituta que se limpia los dientes pútridos y se estuca las uñas. Pero, ¡ay!, se está toyendo ella misma los gonococos de su sífilis.

DIÓGENES

Ha muerto Sanchis Banús

Si de por vida no me hubiera unido con Sanchis Banús nada más que las relaciones corrientes entre camaradas, el saber detalles de su vida me obligaba a su publicidad. Es justo homenajar a que todos estamos obligados para con aquellos que la muerte separó de nosotros.

En este caso hay otro imperativo en mí que me mueve a hacerlo. Frecuenté su casa, adonde fui para, a su lado, con sus consejos y sus enseñanzas, aprender a ser un buen socialista. Supe de su amistad, y a su memoria me debo.

Nacido en Valencia, en junio hizo treinta y nueve años; y su niñez discursó en un ambiente amable; no supo de privaciones, pero tampoco de abundancias. Hijo de un médico, Sanchis Bergón, que después fué célebre, pero que en un principio hubo de luchar enormemente para llevar a los suyos y ver en su hogar lo necesario para la existencia. En este ambiente vivió el joven José los primeros años de su vida. Llegó el momento de su entrada en el Instituto de Valencia. ¿Qué noticias hay de su aprovechamiento en su paso por el Instituto valenciano? Para contestación, una cifra y un detalle, que fielmente nos retratan lo que era la voluntad y el amor al estudio del muerto. La cifra: 24 asignaturas tenía por aquella época la graduación del bachillerato; Sanchis Banús obtuvo en los exámenes de ellas 24 matriculas de honor. El detalle, el siguiente: en la asignatura de Química inorgánica el catedrático era uno de estos mediocres profesores para los que toda su ciencia se condensa en un librito. Se sabía pobre de ciencia y no admitía que a los quince años se supiera más que él; consecuente con ello, se negaba a dar matriculas. A aquel chiquillo de quince años no pensaba dársele. Sin embargo, hubo de hacerlo. Los quince años bien aprovechados supieron imponerse.

Algo parecido a esto que relato le ocurrió en la asignatura de enfermedades de los ojos, cuando en la Facultad valenciana cursaba la carrera de Medicina. Hasta el sexto curso de la carrera todas las asignaturas las llevaba con matrícula; en esta, en cambio, no le dieron más que sobresaliente. El quería también

matrícula, y ¿qué hizo? En el estanco más próximo compró una póliza y dirigió una instancia al rector, pidiendo se le formara un tribunal que aquilatare sus conocimientos para tal galardón. No pudieron negarse a la exigencia del joven estudiante; la voluntad y la inteligencia de Sanchis Banús pusieron lo demás. En septiembre conseguía también esta matrícula.

Con este brillante resultado se licenció en 1915, consiguiendo el premio extraordinario en la licenciatura.

Al mismo tiempo que estos estudios cursó la carrera de Ciencias Químicas, con el mismo aprovechamiento.

Cursó los estudios de la Escuela Superior del Magisterio, con premio extraordinario los tres cursos.

Con este bagaje científico, Sanchis Banús, en 1916, se trasladó a Madrid; aquí se doctora, y como su padre no podía seguir costándole la estancia, entra a formar parte de la redacción de «El Fígaro». Con los treinta duros mensuales y algo más que puede mandarle su padre sigue su vida en ésta, hasta que en 1917 consigue ser pensionado para ampliar estudios en Alemania.

Vuelve y entra a trabajar con Teófilo Hernando. Sigue cultivando su amistad con el doctor Madinaveitia, y con su hijo Juan funda, algún tiempo después, la revista profesional «Archivos de Medicina, Cirugía y Especialidades».

Gana por oposición una plaza de médico en la Beneficencia provincial, y algún tiempo después es nombrado presidente del Colegio de Médicos de Madrid. Sus colegas tratan de organizarle un homenaje, que habrá de consistir en la institución del premio «Sanchis Banús» y de un gran banquete.

A la primera parte del homenaje se opone, y pide se designe con el nombre de premio del Colegio de Médicos el que en su honor iba a instituirse.

Respecto a la segunda parte del homenaje, véase cual sería la modestia de este hombre en las siguientes frases que de una carta, dirigida a sus compañeros, he podido entresacar: «Un banquete, ¿para qué? ¿Quién se beneficiaría con estas reunio-

nes donde triunfa el lugar común? La hora de los banquetes ha pasado, como ha pasado la de los desafíos. La gente de hoy vive más en contacto con la realidad. Mi vanidad está satisfecha con que la idea haya surgido. No me hacen falta para nada las ulteriores reseñas en los periódicos, ni la lectura de las adhesiones, ni el champaña que estropea las digestiones. No me hace falta más que la colaboración leal y el apoyo de mis colegiados.

Que todos los que hubieran asistido al banquete envíen el importe de su cubierto al Colegio de nuestros huérfanos. Que todos llenen el boletín de información sobre las consultas económicas; he aquí el homenaje más caro a mi corazón.»

En el año 1925 entra a militar en nuestro Partido, muy lejanas sus intenciones de todo lo que fuera medro personal; se alista en nuestras filas cuando el ser socialista, más que un modo de trampolín para conseguir un éxito, representa motivo de disgustos y persecuciones.

Está tan reciente su labor societaria, su labor periodística y en la tribuna, principalmente desde fines del año 1928 hasta aquí, que no considero necesario despertar el recuerdo en los que esto lean. Vive muy fresco aún en la memoria de todos nosotros lo que Sanchis Banús fué y representó en las filas socialistas.

Para el hijo del camarada muerto.

José, aunque tienes once años, más que como a niño, como a hombre quiero hablarte.

José, tu padre ha muerto. No volverás a ver cerca de ti a aquel hombre bueno, a quien tanto quisiste, a quien tanto admiramos cuantos le conocimos.

Lloro por él, José; y también he llorado. Mas procura enjugar presto las lágrimas. La vida empezó pronto a enseñarte lo que en ella hay de dolor. Aprende, aunque seas tan joven, a saber vencerla. Pronto pasará este triste verano; no vendrás a Madrid; irás a Valencia, a Alicante, cerca de tu buena madre y de tus hermanitas, a estudiar el bachiller. Entonces es, José, cuando más debes acordarte de tu padre.

Recuerdo que un día te pregunté por qué no te firmabas Sanchis Banús. ¿Recuerdas qué me contestaste? Yo sí me acuerdo. Me dijiste que así como tu padre había hecho célebre su apellido sin necesidad del de tu abuelo, así tú también harías célebre el de Sanchis Pérez. Para ello ya tenías mucho adelantado. Me dijiste: «Seré, como mi padre, honrado, bueno y trabajador.» Por ser como él, la modestia también te adorna; hablaste de la bondad, del amor al trabajo; no mencionaste la inteligencia. Sin embargo, José, el tiempo dirá si me equivoco. A ti también, para

poder parecerte más a él, la Naturalidad te dotó de una inteligencia nada corriente.

«Todos los hombres creí yo que podían morir, menos mi padre.» Son éstas, José, las palabras que me han dicho pronunciaste al saber que él había muerto. Tienes razón, José; tu padre no podía morir; sin embargo, ha muerto, aunque sigue viviendo en el recuerdo de los que le quisimos.

Haz lo que yo te diga, José, y verás cómo, al empezar a darte estos buenos consejos, lo estoy viendo, te sentirás más cerca de él, aunque al pensar en ello llores.

Ama el estudio, el trabajo. Que una conducta honrada y noble guíe tu vida. Ama también, José, como tu buen padre amó, a los demás hombres, pues son tus hermanos. En fin, José, haz disposición de ánimo de dar tu vida en holocausto del estudio y del trabajo, como la ha dado el que a ti te dió el ser.

Haz esto, José; estudia y trabaja; en los que te rodean ve siempre a hermanos; si por ellos te fuere exigida la vida, piérdela por ellos.

La vida, José, no es, ni con mucho, el placer de la mesa, el paseo, etcétera. No es eso la vida; por lo menos, tal como tu buen padre lo entendió. Es la vida, José, y es el placer de vivirla, el sentirse poseído del noble deseo de que todos los minutos de nuestra existencia vayan a llenar aquel fin que tomamos para norte de nuestras acciones.

Empieza, José, a otear en el horizonte de tu existencia, a ver si encuentras la estrella que fije el norte de tu vida. Esa misma estrella que, según me decía un día tu padre, empezó él a ver brillar desde muy joven.

La siguió, y la siguió tan de cerca, que a los treinta y nueve años dejó su vida por querer seguir aquella estrella, que le marcaba el estudio, el trabajo como norma de su vida toda.

Esta estrella, José, que guió a tu padre sigue luciendo aún, marcha errante, esperando que otro hombre fije en ella su mirada. Poca más edad que tú ahora tienes tenía él cuando la tomó como fin de su existencia. Síguela, José; el amor al trabajo, el amor al estudio lleva por ideal esa estrella. Síguela, que quien sabe si a la mitad del camino, y ante la nobleza de tu intención (como la que a mí me guía al darte estos consejos), te será dable que, como yo, contemples algo que nos recuerde aquel pasillo largo de tu casa, por el que tu buen padre venía del despacho de la consulta, y que al pasar por el en que yo estaba me decía: «Camarada! ¡Camarada! ¿Se estudia?, y que a ti podría decirte: «José, hijo mío, estudia.» No desmayes en el trabajo, que con ello honrarás a tu padre.

M. CANO LLOPIS

¡Leed las páginas profesionales que en cada número publicará RENOVACION!

A todas las Juventudes de Levante

El Comité de la Juventud Socialista Madrileña nos remite para su publicación en nuestro semanario la siguiente nota, que por su objeto insertamos con mucho agrado. Dice así:

Madrid, 29 de julio de 1932.

A todas las Juventudes de Levante.

Queridos compañeros: Esta entidad ha organizado para el próximo domingo, día 7 de agosto, una excursión a Valencia, a la que invita a todas las Juventudes Socialistas levantinas.

Para conocimiento de los camaradas, podemos anticipar que en la capital valenciana, a la que llegarán los excursionistas de Madrid a las seis y media de la mañana, se celebrará un gran mitin en uno de los principales teatros, y en él harán uso de la palabra destacados compañeros de las filas juveniles y del Partido.

La comida y cena se realizarán en las playas del Sóber y Malvarrosa, respectivamente, haciéndose una visita a la población durante el día.

La Juventud de Valencia está encargada, y así lo realiza con gran entusiasmo, de la organización al detalle de todo esto que se indica.

Quizá reciban alguna circular de esta entidad invitando al mismo objeto; pero, no obstante, conviene que aquellas Juventudes que deseen asistir este día a la capital del Turia se lo comuniquen directamente a la Sección de Valencia para que pueda preparar las localidades precisas para el acto.

Esperamos que todas las Juventudes secundarán este llamamiento y se hallarán el día 7 en Valencia provistas de sus respectivas banderas.

Se prepara un magnífico día de confraternidad juvenil socialista, que será de gran beneficio para las ideas.

¡Jóvenes levantinos, un pequeño esfuerzo y a Valencia todos!

Esperando poder confraternizar con todos vosotros en la fecha indicada, se ofrece incondicionalmente, quedando nuestro y del Socialismo,

JULIO PINTADO,

secretario.

La página profesional del próximo número de RENOVACION estará dedicada a los obreros del campo.

En el pensar de los días

Marxismo

III. Colectivización. — Reincidiendo nuevamente en la necesidad de llevar el marxismo al campo, el primer problema que se nos plantea es el de la colectivización de la tierra. Desaparición de la propiedad privada, pasando ésta a manos de Sindicatos agrícolas que la trabajen en común. Carlos Marx era partidario de llegar a esto sin el empleo de una teoría de violencia, y por ello expresó algunas veces su idea sobre la facilidad con que se verificaría la revolución social si pudiera indemnizarse a los detentadores del capital, arrebatándoles los instrumentos productores por métodos amigables. Los arriendos colectivos, decretados por el ministerio de Trabajo, no son más que el principio de esto. Ahora hace falta educar al camarada campesino en esta idea de la colectivización de tal modo que abandone toda ansia sobre la pequeña propiedad, porque solamente así puede irse llevando el marxismo al campo. Volvemos a reincidir en el ejemplo de Rusia: por no haberse visto «a priori» el colectivismo en el agro, hubo después que hacer modificaciones en los módulos revolucionarios. Hoy, nuestra labor es propagar en el campo la desventaja del minifundio, y la necesidad de sentir en socialista que deben tener las Sociedades obreras, embrionarias hoy para las teorías de Marx.

Se dice que el pequeño propietario, el minifundista, es el enemigo más grande de la colectivización. Téngase en cuenta una cosa. La expropiación violenta de la tierra, antijurídicamente, sí. En cambio, esta otra expropiación, preconizada antes, de colectivizar los Sindicatos obreros, indemnizando a los detentadores del capital; expropiación sin convulsiones, jurídica, que para nada les amenazaría, sería vista por ellos con agrado. De aquí a ser absorbidos prestamente por la colectividad no va distancia. Ya es colectivista para la venta de lo producido, que las crisis de precios le hacen buscar apoyo en otros campesinos, para vender en porcentaje grande. Sería colectivista en seguida, se uniría a la colectividad, al fin del deseo de la maquinaria. La maquinaria en el campo es todo. Un minifundista, obligado a trabajar para él mismo, con una propiedad restringida, no puede tener más que medios de cultivo restringidos también. Tracción animal y esfuerzo suyo y de los familiares. Al lado de él la colectividad, en cuya gran extensión de terreno es factible emplear tracción mecánica, con menos trabajo y más producto. Poco a poco, en busca de la mayor producción, iríase agrupando al núcleo colectivo, no importándole perder prerrogativas sentimentales — el sentimiento de lo mío — a cambio de beneficios en la economía.

La colectivización trae consigo la Cooperativa. ¿Acaso se ha extendido el valor de la Cooperativa como fuera necesario? Es el embrión del colectivismo y su salvación a la par. Hecha la Cooperativa de producción con el régimen agrícola colectivo, se impone la Cooperativa de consumo, para que los esfuerzos productores no queden desperdigados. Al camarada del campo hay que hacerle ver todo esto de modo tal que sepa lo que es el marxismo. Sería el principio del fin de la propiedad individual. Es decir, que se dé cuenta de que la base de la economía marxista se halla en comunizar la tierra. No puede ser la existencia de Sociedades obreras aptas solamente para mejorar sus medios de vida, pero admitiendo siempre como fatalidad imposible de vencer la lucha de clases. Así, hay que llevar el marxismo al campo, para poder llegar como apetece a la rápida conquista del Poder para la clase trabajadora.

S. SERRANO PONCELA

Congreso provincial en Valencia

Se ha celebrado en esta capital el Congreso de constitución de la Federación Provincial de Juventudes Socialistas de Valencia.

Asistieron treinta delegados en representación de cerca de trescientos afiliados. Asistió asimismo en calidad de delegado por la Comisión ejecutiva de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas el compañero, Mariano Rojo.

Se discutió y aprobó el reglamento

de la Federación. Se acordó sea Valencia donde resida la Ejecutiva, siendo designados los siguientes camaradas: Presidente, E. Jorge Moreno; vicepresidente, González Boix; secretario, Juan Puig Collado; vicesecretario, Francisco Machavila; vocal, Ernesto Jiménez.

Por mediación de RENOVACION enviamos a los camaradas españoles nuestro saludo más cordial.

El caso Marraco

Desde hace ya bastante tiempo, cuando nuestros compañeros empezaron a ocupar cargos de responsabilidad política en la marcha del país, se nos viene haciendo objeto de toda clase de injurias y calumnias. Son, unas veces, los mal llamados revolucionarios, los elementos inconscientes, sin responsabilidad moral ni autoridad alguna. Y son otras, para vergüenza suya, los propios republicanos, los que más tienen por qué callar por su actuación no muy halagüeña. Entre unos y otros establecemos una gran diferencia. Si las calumnias de los primeros nos duelen, por lo que significan de funesto para el triunfo de la clase proletaria, las de los segundos nos entristecen más aún, por lo que tienen de injusticia.

Destacan en esta campaña los republicanos radicales. Ellos, que jamás podrán comprender, por insuficiencia cerebral, el servicio que estamos prestando a la República burguesa, son los que se permiten criticar nuestra actuación en forma poco noble, poco leal y poco honrada.

Creemos tener derecho a que se nos juzgue con justicia. Admitimos la crítica libre y honrada de nuestros actos; ahora bien, lo que no estamos dispuestos a consentir es que se nos combata usando el arma repugnante de la calumnia y de la injuria. A los que así procedan no les responderemos en igual forma para no ponerlos a su nivel; pero llevarán nuestra réplica dura, descarnada y energética, fruto de un exceso de prudencia y de caballería.

En esta misma semana se ha dado un caso verdaderamente lamentable. Un diputado radical, el Sr. Marraco, ha calificado canallescamente la actuación de la mayoría ministerial. Cabe suponer que el Sr. Marraco pretendía con ello resarcirse de la espantosa derrota sufrida días atrás por el ex emperador del Paralelo al plantearse el tan esperado debate político. Pero, en realidad, se trata únicamente de un ataque miserable más contra los componentes de esa mayoría y contra el Gobierno. Las acusaciones del Sr. Marraco revelan la falta de sentido político y de poder personal de los componentes del grupo radical. Nos acusa el Sr. Ma-

rraco de observar una conducta indecente. La afirmación no puede ser más gratuita ni más malévol. Habla de indecencia política un diputado de un partido que no ha tenido inconveniente en acoger en su seno a toda la carroña caciquil; que ha recorrido todos los grados de las posiciones políticas hasta colocarse en la más reaccionaria; que suspira anhelante por el Poder; que aspira, en suma, a ser dueño de la situación para satisfacer los apetitos bastardos y las intenciones malsanas de sus componentes.

Pero por sí esta acusación significara poco, el diputado Marraco añadió en su artículo que «algún día se hará el cómputo de lo que cada partido extrae a la nación». Y esto lo dice, con toda tranquilidad, un individuo cuyo partido cuenta con un centenar de diputados, que usufructúa en beneficio del caciquismo los Gobiernos civiles y que cuenta con alcaldes que secundan esta actuación particularista y de beneficio propio. ¡Esto sí que es extraer a la nación!

Las afirmaciones del Sr. Marraco tuvieron estado parlamentario en una sesión secreta. Y después de la intervención energética y viril de nuestro compañero Saborit, el Sr. Marraco no tuvo valentía para mantener sus acusaciones, y las retiró. Es la demostración plena de su cobardía. Impotente para vencer noblemente, usa de la injuria y de la calumnia como arma de combate. La calumnia la lanza; después, ¡qué importa! Una vez más el pensamiento de «calumnia», que algo queda», ha sido puesto en práctica por nuestros enemigos. Ruindad de espíritu, cobardía y falta de decoro político es lo que ha probado tener el Sr. Marraco. Le está bien empleada la lección dada por las Cortes. Ahora, lo que hace falta es que los muchos Marracos que andan desperdigados por ahí mediten sobre lo ocurrido y saquen la moraleja. Nosotros—volvemos a repetirlo—no consentiremos jamás injurias ni calumnias. Ante ellas procederemos en consecuencia. Que mediten bien nuestros detractores lo que hacen y a lo que se exponen.

Isidro R. MENDIETA

Alemania, en manos del fascismo

Hindenburg, traidor

La labor de catorce años para elevar a un pueblo desde el lazareto de la esclavitud a la categoría de país libre ha sido borrada de la historia de Alemania de un catarazo pretoriano. La Constitución de Weimar, traicionada por el viejo Hindenburg, está derogada de hecho. Y mientras en Berlín y Brandenburgo la declaración del estado de sitio simplificaba a Von Papen la tarea de destruir las organizaciones marxistas, la horda hitleriana entra definitivamente a saco en Prusia y destroza en la impunidad toda la obra de la democracia.

Sin embargo, en buena lógica, nadie debe sorprenderse. La política revolucionaria de la Socialdemocracia ha dado margen más que suficiente para el desarrollo del fascismo, y es natural que la reacción haya sorprendido, estrangulándolo con su garra brutal, al demasiado liberal espíritu de Weimar. Sabidas son las prerrogativas que la carta constitucional alemana concede al jefe del Estado, y no menos sabida era la historia del hombre a quien la Socialdemocracia eligió, llena de candor, para hacer guardar la ley reguladora del Estado republicano. Von Hindenburg, el mariscal de las tropas imperiales que un día fuera jefe supremo de las huestes que trataron de imponer al mundo la tiranía de los Hohenzollern, ¿podía hacer otra cosa que facilitar, cuando el momento se presentara propicio, la reversión a los tiempos en que ganó sus entorchados y arrastraba su espadón monárquico por los salones del Kaiserchloss?

Patriotismo, acatamiento de la voluntad popular, sacrificio de los ideales... ¿Tópicos, cuando no, como en el presente caso, traición!

Tópicos con los que se engaña el afán libertador de un pueblo y se desvía el espíritu de un movimiento democrático. La realidad es muy otra, y ahí están los hechos elocuentes, palmariamente demostrativos de la triste verdad: a pretexto de un triunfo nacionalsocialista en las elecciones a la Dieta prusiana, el mariscal, que ha sido mantenido en la presidencia de la República por aquellas fuerzas políticas que querían impedir los desmanes que el acceso de Hitler a la primera magistratura hubiesen desatado, hace el juego al rival de su candidatura triunfante deponiendo al Gabinete Brüning y entregando a Von Papen la cancellería del Reich.

Y Von Papen, extraído de la encrucijada monárquica, es el hombre que se dispone a hacer unas elecciones en las que aún confía el cándido optimismo de los que no supieron ver en el presidente Hindenburg el enemigo de la revolución. Las fuerzas hitlerianas, armadas y uniformadas, y los resortes coercitivos en manos de los esbirros imperialistas, ¿dejarán libre cauce a un hipotético triunfo socialista en las elecciones de mañana?

La angustiosa interrogante yergue sobre la paz de Europa su signo amenazador. La sombra del fascismo, oscura y viscosa como el ala de un murciélago enorme, parece muy próxima a ser una realidad. Nosotros no participamos del optimismo de la democracia alemana. Creemos, llenos de inquietud, que pronto quedará definitivamente estrangulado el resurgir que iniciara el pueblo germano en 1918, y que el día trágico en que de nuevo se tiña de púrpura la superficie del viejo mundo no se hará esperar demasiado.

Las revoluciones modostas, timoratas y balbucientes de que hace días hablaba Indalecio Prieto tienen ese peligro: el de que, cuando más confiado está el espíritu que las impulsara, surge, del inextinto suburbio que una excesiva prudencia no acertó a eliminar, el decapitador de todos los redentores anhelos.

José María AGUIRRE

No olvidemos la Historia

Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando

En estas horas críticas para España, no olvidemos su historia, pues en su historia está taxativamente especificado, aclarado y sopesado cuáles han sido los males que ha padecido y dónde se encuentran sus remedios. Ya están otra vez las derechas tratando de deshacer más a España. Sus fuerzas son escasas, pero representan la antropofagia en la política nacional.

¿Qué España tienen delante? La misma que ellos han deshecho, pues la República, triunfante el 14 de abril, no ha hecho más que iniciar —lleva instaurada muy poco tiempo para realizar más de lo que ha efectuado— la reconstrucción del país.

Y al llegar aquí, es de todo punto indispensable que haga una sintética reseña de la España de antes del 14 de abril; es decir, del país que han gobernado las derechas, la reacción y el absolutismo durante muchos siglos.

¿Nuestro país era lo que han heredado las izquierdas después de la revolución del 14 de abril de 1931?

No, no y no. España ha sido una gran nación, una nación magnífica. Nuestro país ha producido hombres excelsos. España ha poseído una organización insuperable, perfecta, en relación con otros países de su época. Nuestro país fue antes del siglo XV insuperable en todo.

¿Que no es así, lectores? Vamos en seguida a verlo y demostrarlo.

España fue grande y dichosa mientras se desarrolló libremente, y sobre todo y muy señaladamente—medite bien esto quien me leyere—mientras se gobernó por sistemas de autonomías concejiles y de matizamientos regionales, dentro de un régimen libre de Cortes y no de reyes tiranos, entregada a su propia sazón, energía, instinto y grandeza.

¿Qué es España cuando culmina la expansión de nuestra raza, al casarse Isabel de Castilla y Fernando de Aragón? ¿Qué es bastante antes? Es una península occidental, en la que iberos con mezcla de indios cultivados y florecientes, de romanos, de griegos han formado una estirpe inteligente y activa, tan llena de matices y complejidades, que puede competir, en cualquier rasgo especial, con todas las razas.

España, con la Reconquista, ha sufrido en varias nacionalidades perfectamente definidas y evidentes. Aragón, Castilla—cito por orden alfabético—, Cataluña, Navarra, Portugal. Abajo, el moro que va perdiendo terreno hacia el África.

Estas nacionalidades—así de grandes eran, políticamente de la caverna y de la desmembración de España—, fundidas en un espíritu heroico y liberal—desde entonces hasta ahora no

se ha conocido otro igual—, son el modelo político del mundo. Nacidas al calor de grandes luchas, su alma es clara, varonil, libre. El ibero, sea portugués o catalán, ansía siempre la libertad, porque supo ganarla en la lucha. El feudalismo que consterna a Europa casi es desconocido en nuestro país. En tal época, el Concejo es autónomo. Las Cortes, soberanas. Los reyes no s o n otra cosa que lo que han sido siempre: caudillos militarotes. Leed, enemigos del Estatuto catalán, las leyes de Partidas, y leeréis en ellas el agua sana y pura del liberalismo español, la esencia política maravillosa que después copió Inglaterra y que no ha encontrado luego rival en el pensamiento humano.

Los hombres son libres y las cosas esclavas. No como ocurre en la actualidad. ¿Pero pronto reformará este atavismo también la República! Ellos eligen su Concejo y ellos administran su Concejo. ¿Quién lo administrará mejor? ¿Quién cuida mejor el comercio y la industria sino los poseedores del comercio y de la industria? ¿No es así mejor, clases industriales y comerciantes de Madrid que protestáis contra el Estatuto de Cataluña! Las Cortes en aquellas épocas, igual que ahora, lo s o n todo, porque representan el único Poder legítimo humano: el Poder de todos.

Es el tiempo en que Díaz de Vivar—todo un hombre por su caballerosidad—puede exigir juramento a los reyes. Es el tiempo en que los mercaderes catalanes, ricos, dueños de la mejor flota mediterránea, juristas eminentes, con su Consejo del Mar, libres, cultos, trabajadores y ciudadanos, forman el Consejo de los Ciento.

A esta autonomía municipal—ignaros o malintencionados debeladores de la patriotería andante de este siglo XX—, a esta autonomía regional, a esta intachable democracia jamás vuelta a ver en ningún otro pueblo de la tierra, a esta política maravillosa, corresponde un progreso asombroso en todas las ciencias y las artes, y acompaña una riqueza material estupenda.

Castilla da legisladores y poetas. Cataluña es un emporio inmensurable. Toda la península es fuerte. No se conoce el hambre. Está poblada por cuarenta millones de habitantes. Nuestro comercio de exportación—tenedlo muy en cuenta, pobres ojateros de la vuelta de la monarquía—invade a Europa por completo. Un grande, un inmenso Estado va a surgir; y en efecto, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón se casan. Navarra entra en la federación. Los moros son arrojados allende el estrecho. Sólo Portugal queda aislado; pero...

Voy a continuación a explicar y estudiar el pero... pues nada me re-

tiene para dar cumplida y documentada respuesta.

¿Cómo—me pregunto—debió verificarse aquella unión nacional?

La fuerza de Iberia, el jugo de Iberia, eran la libertad municipal, la libertad regional, órbitas más amplias de la libertad individual, de la libertad humana, régimen de fuerzas libres, que se organizan para dar un fruto colectivo y para formar un pueblo robusto, grandioso, sin precedentes en los anales de la civilización de los pueblos, feliz.

La unidad nacional, para que al formarse con toda España un gran Estado no se deformara a España y, por lo tanto, no se asesinara a España, debió hacerse por federación y no por hegemonía, pues de este modo se hubieran conservado la plena libertad del Concejo y de las Cortes.

Hizo falta entonces una alianza, pero no una tiranía. Una gerencia responsable, gerencia condicionada, desde luego, a ser depuesta en el instante de no cumplir con lo pactado.

Así se efectuó en realidad la unidad nacional. Leed el lema que aparece en

el dosel de los reyes: «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.» Ahí está firme, destacado y soberano, el emblema regionalista y federal. Tanto monta, monta tanto, Castilla como Aragón. Tanto monta, monta tanto, Cataluña como Navarra. Nadie ha absorbido a nadie. España es la misma, rica, trabajadora, próspera, culta, fuerte, libre. Se ha unido ante el extranjero, cuando se forman los grandes Estados como Austria y Francia, y está en esa gloriosa madurez que hace posible el descubrimiento de América.

Portugal hubiera entrado también en la federación. ¿Qué lo impedía? ¿No habían entrado la foral Navarra y la individualista Cataluña? ¿Qué es lo que aconteció después?...

No he agotado esta importantísima cuestión. Me queda lo más importante que decir. Necesito el espacio de otro artículo.

F. MOYA GUIJARRO

Unas frases de Renaudel

En una de las sesiones celebradas últimamente por la Unión Interparlamentaria Internacional en Ginebra, reuniones a las que concurren representantes de todos los Parlamentos del mundo, se produjo un incidente cuya importancia interesanos resaltar en nuestras columnas. Nos referimos al incidente provocado por el diputado socialista francés Pierre Renaudel en el momento en que un diputado italiano pronunciaba un discurso en el que trazaba la apología del régimen político italiano.

Se encontraron dos sentimientos: uno el del delegado italiano, partidario de la tiranía y de la opresión; otro el de nuestro camarada Renaudel, partidario de la libertad y de la democracia. Pugnaba con los sentimientos de nuestro camarada el discurso del fascista. Y sin exaltarse, sin erguirse violentamente, pero con energía, interrumpió aquel discurso con unas palabras que interpretan un sentir profundamente arraigado en la conciencia democrática universal: «Allí donde no hay libertad no hay justicia.»

Pero aún tuvo un momento más afortunado nuestro camarada cuando requerido por unos y otros, respondiendo a ese prejuicio diplomático aún en uso, para que rectificara aquellas frases y las retirara, nuestro camarada, con igual energía, hubo de negarse a ello, seguro de que no había hecho más que reflejar en breves palabras un hecho tan notorio como veraz.

Gallardía llamamos al acto de nuestro camarada. Valentía para descubrir ante un comicio de la naturaleza del celebrado por la Unión Interparlamentaria Internacional los crímenes llevados a cabo por un régimen de tiranía como el que se sufre en Italia; para descubrir, evidenciar ante el mundo el desprecio que se debe a quienes por uno y otro lado se erijan en defensores de aquel régimen; para evidenciar también que aquel régimen, en el mundo, no puede ser respetado ni considerado en nada por quien se precie de poseer una sensibilidad exquisita, apta para recoger todas las amarguras de un

pueblo que sufre y gime bajo aquella tiranía.

El incidente ha producido sensación en el mundo. Hasta ahora, que sepamos, nadie se había atrevido a desenmascarar así al régimen fascista. Nos referimos a desenmascararlo en una asamblea exenta por completo, en absoluto, de principios políticos algunos. Nuestro camarada Renaudel ha señalado una faceta. ¿Cuál? A nuestro juicio, una que nos servirá de mucho; esto es: la de boicotear, mostrarse intransigentes con todo cuanto signifique defensa de la dictadura italiana. Y si así se hace serviría, indudablemente, para ir mermando la fuerza con que pueda contar aquel hombre nefasto que se llama Mussolini. Y no ya conformarse con decir que en Italia no existe justicia porque se carece de libertad, sino que una de las formas también eficaces de ese boicoteo, tan justo y tan noble, es la de impedir toda posible convivencia con delegados italianos defensores de Mussolini en cualquiera que fuese el comicio que se celebrara. Declararse incompatibles con ellos. Romper con ellos esas normas tradicionales de la diplomacia que consisten en un respeto entre las personas, aun cuando algunas sean del calibre de los defensores de Mussolini.

Respeto mutuo a todas las creencias e ideas políticas, sí; intransigentes en el respeto con quienes, como los fascistas italianos, no representan ni uno ni otro sentimiento político, sino un grupo de asesinos y criminales que se divierte haciendo sufrir a un pueblo y asesinando alevosamente a quienes no piensan como ellos. Ellos son los primeros en no respetar ideas ajenas. Seamos nosotros los que, en justa reciprocidad, no les respetemos, declarándonos, tantas veces tengamos ocasión, incompatibles con ellos.

Incompatibilidad significan las frases de Renaudel. Eso implicaban sus palabras. Continúemos esa campaña dando a conocer a todos, en cuantas veces se nos presente oportunidad para ello, cuáles son las artes que emplea aquella dictadura para subsistir por encima de todo y de todos.

La redención de los marineros

(Continuación de la página 4.ª)

Hay un sector, queridos camaradas, de las Juventudes Socialistas que necesita más que ninguno de vuestra ayuda: es el sector de los trabajadores del mar. No lo olvidéis. Cuando marchéis de excursiones y propaganda a los poblados marítimos, habladles, despertadles la sensibilidad, hacédes ver que el mundo no está en la inmensidad del mar, que hay cosas muy superiores en la vida y que ellos, formando parte de ella, pueden mejorar la suya propia y enaltecerse como seres humanos y productores.

Hay muchos miles de hombres, de trabajadores del mar, que desconocen

los beneficios de la organización, de la civilización. Gimen como esclavos. En su ignorancia creen que sus cadenas no pueden ser rotas. A vuestra acción viril encomendamos parte de la acción a seguir para liberar a estos hombres. La savia que representa la juventud es la que ha de dar frutos en los árboles frondosos que representan las Federaciones de la Unión General de Trabajadores.

En esta página, órgano de la fuerza juvenil socialista, hacemos un llamamiento a los jóvenes para que nos ayuden en la cruzada de lucha y redención que nos hemos impuesto a favor de los trabajadores del mar.

Manuel VIDAL

Ricardo Baroja y Nessi—director del vergonzante libelo «El Popular» («El Imparcial» suspendido)—, con un léxico verdaderamente piojoso, hace un poquito de filosofía barata a costa de los socialistas. Habla no se sabe qué cosas de unos burros y un carro y unos dirigentes, que al final, ¡como siempre!, paran en un chorro inmundado de calumnias. Ricardo Baroja y Nessi—volatinero miserable de la política—no tiene altura moral suficiente para llegar a nosotros. Aunque las cucarachas posean ocho patas, nunca podrán volar, porque les faltan alas. Ricardo Baroja es una cucaracha, con toda la repugnancia que estos insectos producen. Desde la cloaca de «El Popular» («nee» «El Imparcial») no podrá nunca más que lanzar desvergüenzas para solaz y recreo del público que lo lee y de los babosos que lo escriben. (¿Verdad, Ramón M. Pinillos?)

MOVIMIENTO JUVENIL

PALENCIA

A las Juventudes Socialistas.—Sobre todo agradezco mucho la atención que se me dispensa al publicar estas líneas en nuestro tan querido semanario RENOVACION, dada la poca importancia que tienen por ser yo precisamente quien las expongo; pero no lo neguéis, considerad aquí al novel traído por el entusiasmo, devoción, mejor dicho, a esta cuestión palpitante: a la lucha social, nombre propio y glorioso donde cristalizan por las grandes reacciones todas las virtudes masculinas.

En los tiempos actuales es tan intensa la vida intelectual, que la colectividad lo absorbe todo. En un momento de conciencia y de dignidad, los españoles, siempre emprendedores y valientes, ya habéis visto cómo hemos roto las cadenas de nuestra esclavitud y abierto las puertas de nuestro cautiverio, tristemente memorable por la vigencia excesiva de un estado de cosas propio de trogloditas y rudimentarios.

La colaboración espiritual y material de los hombres buscando un bienestar social más equitativo son nuestros ideales de renovación social. Todas las colectividades deben unificar sus fuerzas y solidarizarse, todos debemos ser socialistas; pero ser socialistas conscientes, esto es, socialistas con sentido cognoscitivo para prevenir esas reacciones que, cual un incendio voraz, sólo traen la paz de las cenizas, la paz de los muertos; eso no es, no debe ser. Pero he aquí que estas normas de vida de la sociedad actual apoyan su bases en la educación. La educación, si es una fuerza conforme a ella, socializará al hombre, y vencido el coloso que hasta hace poco cantaba letanias lo mismo que tango, ya no hemos de preocuparnos de otra cosa que la que mayor importancia tiene en los términos corrientes: el bienestar social.

Una de las últimas veces que hablaba en Granada el insigne hombre público y eminente catedrático Fernando de los Ríos, hoy ministro de Instrucción pública, decía a los obreros: «Cuando vayáis a vuestros pueblos, id a la escuela, que la lucha ha de ser sangrienta.» Palabras que encajan perfectamente en mi tesis; hay que luchar, y las mejores armas, las de la escuela. Una sola letra representa infinitamente más valor positivo que todos los mayores acorazados y submarinos del mundo. ¿De qué servirían todas aquellas zarandajas a aquel coloso referido?

Hoy, queridos camaradas, sólo hay una medida para apreciar la potencialidad social: la cultura, y la sociedad será tanto más fuerte cuanto más cultos sean los ciudadanos. «El hombre—decía Pestalozzi—es un problema infinito, y la misma naturaleza le exige que contribuya y coopere a crear vida societaria.»

Los impulsos de la cultura se abren paso a través de los tiempos modernos. Leyendo a Natorp se ve con la profundidad que estudia el trabajo y el problema de la educación con la perfección social. Hay que pensar en una preparación seria, y ya veis cómo no lo poco hecho España se va europeizando. Acaba de nacer la idea de regenerar a España, y el triunfo que anhelamos debe ser de todos. Y por este camino, el del trabajo, emprendido sin vacilaciones, se llegará, con labor intensa y entusiasta, a constituir una ciudadanía sólida, a encucar una educación social por las rutinas preestablecidas en la moderna ciencia de la Pedagogía social naciente, y los obreros, conscientes de nuestra labor, sabremos dar un carácter equitativo y respetuosamente práctico a nuestro trabajo, interesándonos todos por igual, porque dentro de todos está el poder de remediar la crisis económica por que atraviesa en todo el mundo la sociedad actual.

No es cosa fácil cambiar la psicología de un pueblo momentáneamente; el problema es mucho más hondo. El resurgimiento de España debe empezar, según el actual ministro de Instrucción pública, conforme en un todo con mi particular e insignificante criterio, por la educación integral, especialmente por la educación de la voluntad, dotándola de firmeza y limpieza, sin perjuicios para nadie, y así es como se caracterizan los hombres cultos.

El progreso en las ideas humanas y la evolución social han cambiado enormemente la comprensión de la vida. El hombre moderno no debe ser esclavo de otro hombre, y con este fin aprovecha sus fuerzas superiores, anhelando una moralidad más elevada, y quiere que todos estemos capacitados para laborar lo preciso.

Y si así trabajamos todos, con el fin supremo de buscar un bienestar social más equitativo y mejor para la Humanidad, entonces acabaremos con los privilegios del caciquismo, de los multimillonarios, del capital y de la política; participaremos todos de ese capital, de esa cultura y de esa auto-ridad, y la sociedad, con una moral más elevada y con la capacidad precisa para llenar cumplidamente su misión, se aproximará a encontrar satisfechas todas sus necesidades, y en-

tonces es cuando existirá la paz en la conciencia colectiva y será gloriosa el porvenir de los hombres.—MANUEL VEGA, presidente de la Juventud Socialista de Benalúa de Guadix.

Contra la guerra. ¡Reflexionad, camaradas!—De nuevo por Oriente aparece el peligro de otra nueva guerra segadora de vidas proletarias, sin que todavía en ninguna nación se haya alzado contra ella ningún Gobierno de los que se llaman democráticos; antes al contrario, todos las apoyan con elevados presupuestos de guerra, sin preocuparse de que para elevar éstos lo hacen disminuyendo el de instrucción pública y otros tantos que protegen a los hombres en el progreso rítmico de la Humanidad, mientras el de guerra es dedicado a sembrar el pérfido odio entre los pueblos y la sed de venganza entre los hombres.

Si las generaciones fenecidas no se dieron cuenta de lo que para el proletariado significa la guerra, nosotros, jóvenes socialistas, que hemos sentido en lo más íntimo de nuestro ser los dolores del hogar proletario, no consentiremos que los campos de batalla los siembren de cruces de madera como premio a quien perdió su vida defendiendo a los que con intransigencia desmesurada se oponen a que lo humano llegue a la cúspide de su ser para tremolar y practicar la bandera de la paz, donde sólo imperen las leyes naturales, las que no hicieron los hombres, las que no podrán negarse a ningún ser viviente, las que sólo practiquen la caridad... la justicia...

Los jóvenes que hayan leído. Sin novedad en el frente creo que se habrán percatado lo bastante para tener conocimiento de lo que en resumen significa la guerra para los trabajadores, que, parapetados en las trincheras del frente, esparcen el plomo, plomo asesino que, rasgando el aire, va a introducirse en los pechos de jóvenes que fueron llevados con vendas en los ojos, sin saber adónde van; sólo saben que en su humilde hogar dejan ojos bañados en llanto, corazones condolidos por el hijo que llevan a la muerte, por la vida de aquel hijo que con tanto sacrificio se conservó para que cuando sus músculos están vigorizados, capaces de producir para sus hermanos pequeños o para los que le dieron el ser, que ya son ancianos, le desvían, le arrebatan de su hogar, tan humilde, donde creció, donde pasó la juventud junto al amor tierno de la madre, amor que sólo ellas saben sentirlo, porque sólo ellas tienden la vista con los brazos abiertos hacia el lugar por donde le vieron desaparecer...

He dicho que le desvían, que le arrebatan; pero ¿quién le desvía?, ¿quién le arrebató? ¿Es quizá el instinto poderoso por la redención de su clase el que le obliga a marchar a la lucha? Si así fuese, camaradas, ¿qué valdría nuestra sangre generosa si para redimir a la Humanidad hubiese que derramarla? Nada absolutamente.

Pero si nos dejamos llevar al frente de combate, donde sólo nos germina en el cerebro la ilusión de avanzar, de matar, de vencer a aquellos seres humanos que tenemos enfrente, que también fueron allí engañados como nosotros, ¿qué hacer? ¿Cumpliremos las órdenes de aquellos que sólo aprendieron a matar seres humanos e incluso es su galantería el llevar el pecho cubierto de entorchados que se los pusieron manchados de sangre proletaria y con ello se apoderaron de una elevada autoridad sobre nosotros? ¿Qué respeto hemos de tener nosotros a quien sólo aprendió la carrera de defender al capitalista y a su patria? ¿Nos haremos eco de los mandos, de los que comercian con el llanto de nuestras madres, con el trabajo, inclusive con nuestra sangre, por ser su vivir del crimen, del robo y de la explotación humana? No, compañeros, no; nuestra sangre vale poco al darla por que triunfe el Socialismo, no para el que cuando ve la producción abarrotada provoca la guerra para consumirla miserablemente, encareciendo la vida y entorpeciendo nuestra marcha progresiva.

Y si el capitalismo, con su escasez de conocimientos naturales, hace que resuenen los cantos bélicos de guerra, se verá en el caso imprescindible de que nosotros, antibélicos, pacifistas en el sentido guerrero, no iremos a donde no defendemos nada nuestro, donde no vamos a extraer ningunos derechos, pero sí deberes y decencias; en cambio, con nuestra formación de causa redentora, si el incendio guerrero destructor se alza en algún punto del mundo, nosotros, los jóvenes, unidos bajo una sola bandera, transformaremos los cantos bélicos en cantos fraternales de caridad y justicia.

No tiene que ver, camaradas, que entre la U. R. S. S. y el imperialismo japonés haya desaparecido el peligro de una conflagración por ahora; debemos estar alerta, porque el capitalismo se ve al borde del abismo, y no es de extrañar que para hacer algo duradera su vida apele a derramar nuevos ríos de sangre.—FÉLIX SORA, Barcarota.

LA VIDA TRAGICA DE LOS OBREROS DEL MAR

A los marinos

RENOVACION comienza en este número a publicar páginas que pudiéramos llamar profesionales. Nos guía un fin que no hemos de negar, porque, como todas las que perseguimos, es noble. El fin de propagar nuestro periódico. Así, sin olvidados de todos. Pero reparen los que nos lean. PROPAGAR RENOVACION no es propagar cualquier periódico capitalista, que busca una venta mayor, que recurre a los medios más audaces de propaganda para obtener cada día ganancias más pingües. No; propagar el periódico de los jóvenes socialistas es extender las ideas revolucionarias del marxismo, llevar a todos los sitios un paladín de la clase proletaria y cooperar a la obra inmensa de poner en pie de guerra, de organizar a las masas de trabajadores del mar, de la mina, de la metalurgia, de la agricultura, del resto de las industrias, para plantear al capitalismo la batalla definitiva. Estas páginas profesionales han de ir enaminadas directamente al logro de esos objetivos. Sabemos que es mucho ansiar. Pero poseemos la noble ambición de que un día todos los trabajadores sean socialistas. Porque con ello habrán adquirido su verdadera posición en esta lucha de clases que divide al mundo, y en la que pugna la vieja sociedad capitalista con la nueva sociedad colectivista, que ha de redimir a las falanges proletarias.

Hoy toca que dediquemos una página, la más importante de nuestro periódico, a los trabajadores del mar. Comenzamos con ellos porque son, quizá, los más olvidados de todos. Se ha hablado de la tragedia de los mineros que socavan la tierra en la rebusca de los minerales útiles a la Humanidad; de la de los agricultores, verdaderos siervos de la gleba aún irredentos, que han unido su vida a los caprichos atmosféricos, a las inclemencias del clima, a la inhumanidad del ambiente. Pero ¿y la tragedia de los trabajadores del mar? ¿Es que la hemos olvidado?

Parece que nadie se acuerda de la vida triste y azarosa de esos pescadores que se lanzan en un simple bote a la mar, a la busca de un jornal miserable, que consienta la existencia de una familia, muchas veces numerosa. Esos pescadores que se están jugando la vida constantemente, porque se sabe cuándo salen del puerto, lo que no sabe nadie es cuándo y cómo han de volver.

Parece que se olvida asimismo la explotación a que están sometidos esos marinos que por sueldos de 80 y de 100 pesetas mensuales navegan en barcos de carga, realizando jornadas sin limitación, desempeñando los trabajos más violentos. Sometidos a la obediencia más absoluta a los superiores jerárquicos. Condenados a ser siempre meros ejecutores de órdenes, bestias de carga del capitalismo.

Nosotros hemos visto de cerca la vida de estos hombres. La tragedia íntima en que se desenvuelven. Y evocándola, hoy hemos confeccionado esta página. La dedicamos a todos los proletarios del mar, sin distinción. Y más que a ellos, a los otros trabajadores. Que España se entere de cómo viven los pueblos costeros. Que España aprenda la tragedia de los proletarios del mar, para interesarse por su redención. A nosotros, hoy por hoy, sólo nos resta dedicar a los marinos, a los pescadores, un consejo: piensen que el proletariado tiene un mundo que conquistar, unas reivindicaciones que ganar. Y que todo eso se logrará con la organización. ¡Marinos, pescadores, ingresad en la Federación de Transportes Marítimos, en la Unión General de Trabajadores, en el Partido Socialista!



PESCADORES...

La redención de los marinos

...Pero, sin embargo, la inventiva de los jóvenes es más viva que la de los ancianos. Y las ideas fluyen mejor de su espíritu y más maravillosamente.

BACÓN.

En estos momentos de renovación espiritual de España, obra en la que tan directamente ha tomado parte la Unión General de Trabajadores, les incunbe en mucho continuar no sólo el afianzamiento de las libertades,

sino también impulsar la conquista de un mundo mejor, a los jóvenes socialistas. El principal aspecto de la cuestión está en crear organizaciones sindicales, como baluarte de lucha y emancipación.

Dentro de la organización sindical se educan los sentimientos, despertándolos para el sacrificio y entrenándolos para la solidaridad, al par que los hombres se forman espiritualmente y en lucha fraterna empujan el progreso.

(Continúa en la página 3.ª)

¡Camaradas marinos! Si las diferentes fracciones de las industrias del mar se uniesen, seríamos la organización más poderosa de España.

¡La unión hace la fuerza! Con la unión el proletariado del mar conseguirá todas sus aspiraciones.

El programa para las clases marítimas pescadoras de España lo encontramos admirablemente expuesto en la circular que a continuación damos para conocimiento del lector. Esta circular fué dirigida por la Federación a sus Secciones no ha mucho. Puede servir de propaganda.

Que la conozcan nuestros marinos socialistas y simpatizantes con la obra que realiza la Federación por los trabajadores del mar de nuestras costas, y puede ser motivo de engrandecimiento y elevación de un sector de la producción que ahora es cuando se pone en pie pidiendo un puesto en la lucha para su redención:

«A las Secciones marítimas no adheridas a la Federación Nacional de Transporte, Pesca e Industrias Marítimas.

Estimados camaradas: Salud.

Está en los propósitos de esta Federación nacional el controlar, como Federación de la industria, a los marinos, fogoneros, personal de fonda de los buques, el dedicado a rías y tráfico de los puertos, a las clases tituladas, como son patronos, fogoneros, habilitados, mecánicos navales, personal de las grandes pesquerías, almadrasas, fábricas de conservas, a los trabajadores de uno y otro sexo, salinas, administrativos de las agencias marítimas, el de los prácticos de los puertos, etc. Para todos estos sectores llevamos un programa que recabar y conseguir; pero para ello hace falta que vengáis a integrarnos a las filas de esta Federación, que, ayudada por la Unión General de Trabajadores y la Internacional del Transporte, trata de conseguir la siguiente implantación:

Para el personal de navegación de cabotaje y tráfico de puertos y rías, la jornada de ocho horas, Jurados mixtos en general, mínimo de los sa-

larios, seguros sociales globales y demás detalles del programa que iremos desglosando y que en todo momento hay que considerar como aspiración general para todos.

Patrones de cabotaje.—Para los patronos de cabotaje de primera clase aspiramos a la ampliación del tonelaje hasta 700 toneladas, y para los de segunda, 200 R. B. Que cuando la navegación sea superior a ocho horas el patrón lleve un segundo para su relevo y descanso, y que los patronos lleguen, por sus perfectos conocimientos, a presentarse para optar a plazas de prácticos en los puertos.

Maquinistas habilitados.—Autorización para manejar máquinas de 60 H. P. de fuerzas nominales; poder ejercer, de ser segundo maquinista, en máquinas de 100 H. P.; crear la plaza de contraestre de máquinas en todo buque que tenga una superioridad de 100 H. P., estando en posesión del título de maquinista habilitado. Que los vapores de navegación superior a ocho horas y que las máquinas que son inferiores a 60 H. P. lleven dos habilitados.

Mecánicos navales.—Autorización para manejar motores de 300 H. P. efectivos, y para los segundos mecánicos, ejercer de segundos maquinistas en los barcos de motor hasta 100 H. P., y de tercero en los barcos superiores a esta fuerza, los primeros mecánicos, y los segundos, de engrasadores. Los buques motores de fuerza de 100 H. P. hasta 300 H. P. efectivos que excedan de ocho horas de navegación lleven un primero y segundo mecánico naval. Los barcos a motor de navegación superior a ocho horas, de 40 H. P. hasta 100 H. P. efectivos, lleven dos segundos, y los inferiores a esta fuerza, un segundo y un ayudante. Por consiguiente que toda clase profesional en sus exámenes técnicos debe ser examinada por otra de su igual categoría,

Programa mínimo

De la Federación marítima

propugnamos porque en los exámenes en las Comandancias de Marina tengan representación los motoristas, y por cuenta del Estado los gastos de desplazamiento.

Subsecretaría civil de la Marina mercante.—En sustitución del antiguo organismo consultivo de Navegación y Pesca se crea en España la Subsecretaría civil, que se compondrá de Secciones los lugares en que se han de discutir las cuestiones y profesionales, tanto para la navegación como para la pesca. En la citada Subsecretaría los sectores marítimos tienen representación; hace falta que las fuerzas inteligenciadas y conjuntas de los marinos, dentro de nuestra Federación, se lancen a la conquista de los puestos que, previamente, la ley creadora dispone de manera que con el amplio programa que la Federación se ha trazado se llegue a impulsar nuestras aspiraciones por una trayectoria continuada de triunfos.

Juntas locales y provinciales de Pesca.—Es de vital importancia, sobre todo para los camaradas de la pesca llamada costera, bajura, etcétera, que se preocupen de ir tomando posesión en las Juntas locales y provinciales de Pesca en los litorales. ¿Por qué? Porque ya sabéis que en épocas periódicas las vedas o prohibiciones están bien; pero en otras no se explican las vedas condenando injustamente a los trabajadores de la pesca de una región al hambre. Es más; nosotros concedemos gran importancia a la presencia de nuestros camaradas en las citadas Juntas, porque ellos pueden actuar muy

activa e influyentemente en los destinos económicos de una región marítima, y por la potestad que en sí tienen, el conquistar puestos en ellas es ejercer un gran derecho en favor de todas estas cuestiones.

Montepío para las clases pesqueras y de la industria.—Se acaba de constituir el Montepío Nacional Marítimo para los trabajadores de los buques y pescadores de altura. Hoy, que el Estado va a la implantación de los seguros sociales, nosotros propugnamos por que todos los sectores del mar puedan ser incluidos en ese Montepío, del que nuestra Federación ha sido ponente y continúa siendo de su Comisión estructuradora. Nosotros lucharemos, por deber de humanidad y justicia, porque todos los trabajadores del mar pertenezcan a este Montepío, y éste abarque no sólo al retiro reglamentario, sino que sean mejoradas las pensiones, alcanzando a los agotamientos físicos, viudedad, ahogo.

Conservas.—Al ser en su mayoría mujeres las que trabajan en las conservas, para ellas también pedimos las ocho horas, la ley llamada de la «silla» en los trabajos, la inspección ejercida por ellas mismas y las medidas sanitarias que las leyes obligan. Al organizarse a nuestro lado, le aplicaremos el mismo programa social que a los demás trabajadores de la industria.

Orfanato para los hijos de marinos y pescadores.—Nuestra Federación ha levantado la bandera de que hay que amparar a los hijos de los trabajadores del mar, llegándose a crear un Orfanato. Cuando existen ya

“Pescadores”...

La Geografía, ésa que todos hemos recitado de memoria en la escuela, nos dice que el Nalón nace en el puerto de Tarna, allá en los confines de Asturias y León. Y que va transcurriendo suavemente entre los húmedos valles astures y la cuenca minera, negra de carbón. En su transcurso va arrastrando lo que encuentra: fango y carbón. De estas dos materias se enriquecen también otros afluentes que vienen a morir al Nalón, el río mayor de Asturias. Sus aguas son oscuras, en algunas partes hasta negras. Ni el cielo — en aquella región tan parca en tonos azules — contribuye a desentristecer el Nalón. Así es, que al llegar a la ría de Pravia, entre Las Arenas y San Esteban, después de una lucha de su corriente contra la marea, si ésta es subida, el río deposita en el Cantábrico su carga de carbón. No se pierde el mineral. Al menos una parte vuelve a tierra. Otra, quizá, la cobrará el mar como tributo a la incurción que el río hace en sus dominios. Pero en la pleamar, la playa de Las Arenas va quedando sembrada de carbón menudo, limado por la resaca. Lo van depositando las olas en capas que a la bajamar quedan al aire. ¡Por eso es tan negra esta playa de Las Arenas!

Y es la marea quien se toma el trabajo de retirar nuevamente el carbón. Cuando vuelve a subir, éste ha desaparecido. Se lo han llevado en sus cestones unas mujeres, unos rapacines y unos hombres curtidos por el sol, viejos en su mayoría, que antaño supieron de los golpes de mar a la pesca del abono, o a la de la sardina. Es curioso presenciar las faenas de lo que pudiéramos llamar «pesca del carbón». Son tipos los que la realizan de estampa netamente proletaria. Mujeres que con un palo largo, que concluye en un cedazo, van extrayendo el carbón mezclado de arena, que desaparece luego al cribarlo. Saya corta que deja al descubierto los muslos a la más leve inclinación. Pechos húmedos de la fatiga. Y a la cabeza un pañuelo para preservarse a un tiempo de la inclemencia del sol y de la suciedad de los cestones que se llevan a la espalda. Los rapacines son todos de poca edad. «Pescan» carbón porque aún no han cobrado sus músculos el vigor suficiente para salir a la mar. Son futuros pescadores. Quizá predestinados a entregarse a un temporal. Llevan calzones rotos y sucios, y la camisa tiene un color que sería imposible precisar. En cuanto a los hombres, ya hemos dicho que en su mayoría son viejos marinos, temblequeantes, débiles. Pasan todas las horas de la bajamar recogiendo carbón, con los instrumentos ya descritos. Y van formando montoncitos, llenan los cestones y, a la cabeza, los ponen a lugar seguro, donde familia forma una empresa. Y cuando entre todos han conseguido esos montoncitos, llenan los cestones y, a la cabeza, lo sportan a lugar seguro, donde no sube el mar. Allí va formándose uno grande, a veces de más de una tonelada de carbón. La marea, al avanzar, va ganando posiciones a los pescadores de carbón. Pero las encuentra ya limpias. Nuevamente va llenándolas del mineral que otra vez volverán a coger estos sufridos trabajadores.

Es ésta una triste estampa proletaria que denota a qué punto llega la miseria en algunos pueblos costeros españoles. De esa forma viven en Las Arenas muchas familias. Cuando el botín de cada una de ellas llega a una tonelada pueden estar alegres. Han ganado entonces 16 pesetas, que es a como pagan los verdaderos beneficiados de esto cada tonelada. Si el Nalón no arrastrara carbón, sólo les quedaría el recurso de lanzarse al mar, de cara a la isla de Deva, plácido lugar para los felices veraneantes que no tienen más preocupación que la de gozar.

Marx dijo: “La redención de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.”

A los trabajadores del mar les decimos: Si queréis emanciparos, venid a convivir y a luchar en la Federación de vuestro oficio

varios de las clases militares y burocráticas y pronto para los hijos de los mineros, ¿cómo no hemos de pensar nosotros en el de los marinos, que por lo duro y expuesto de su profesión dan mayor contingente de huérfanos?

Las ocho horas para todos.—Salarios mínimos.—Compensación familiar.—Escuelas profesionales.—Bolsa y contratos.—La Federación ha tomado como punto de honor el conseguir las ocho horas para todos los trabajadores del mar. Asimismo, o bien una Conferencia nacional de Salarios o bien la fijación del salario mínimo en formas onerosas. También la implantación del salario familiar, cosa que en otros países está ya establecido. Escuelas profesionales, por estimar que los hombres, cuanta más capacidad adquisitiva posean dentro de su profesión, más valen. Bolsas de contratación de los verdaderos trabajadores del mar, para limitar a los advenedizos e independizar el derecho de trabajo del caciquismo patronal, estatuyendo unas nuevas bases al contrato de trabajo. Se suprime el artículo 301 del Código de Comercio, que en el fondo no es más que la consumación de un abuso inculcable, cubierto por la misma ley.

Clases pesqueras.—A tono con las circunstancias y el momento social por que atraviesa el mundo, queremos tender, dentro de la economía política del país, por medio del crédito corporativo municipal, a liberar a los pescadores de la explotación de que son objeto. La pesca ha de ser declarada de gran utilidad económica dentro de los presupuestos municipales en las matrículas, de manera que, acoplado un plan de subsistencias, rinda, por medio de una acertada y honrada administración, los máximos beneficios, el pescador pueda llegar no sólo a ser un cooperador y copartícipe de los beneficios, sino que los ins-

trumentos de trabajo lleguen en su día a ser de su propiedad.

Control en las industrias del mar.—Para todos los ramos y actividades, hemos de pedir el control. El concepto moderno del derecho en los productores, no sólo en la intervención técnica, sino también la participación como asociados al capital, consecuencia de una colaboración entre este último y el trabajo. De asociado es fiscalización de ganancias; de ahí que se imponga el control. Mientras tanto, hemos de avanzar, capacitándonos, aceptando los Jurados mixtos de la profesión, estudiando todos esos problemas y uniéndonos todos, sin distinción de ideologías, simplemente aceptando nuestra disciplina, que dimana de los acuerdos de nuestros Congresos. ¿Cómo conseguir el programa trazado? De la manera siguiente: En donde no hay organización y quiera crearse, dirigirse a nosotros. En donde existe, pidiendo ingreso en nuestras filas. Al venir a nuestro lado, la cuestión económica no es problema. La cuota, más ínfima y menor no puede ser. Camarada que nos lees; pide detalles, escríbenos, y si eres hombre de conciencia y estás atento a la realidad del momento social de tu clase y no quieres seguir siendo conejillo de Indias para ensayos de patronos y de los llamados «extremistas», pidenos detalles a nuestra Federación, que está domiciliada en la calle de Andrés Mellado, número 26, y a su secretario general, que os saluda muy cordialmente,

Manuel VIDAL.

Madrid.